

## DEMANDA Y DESEO EN LOS ESTADIOS ORAL Y ANAL

*El psicoanalista y la pulsión.  
La garganta abierta de la vida.  
Del polo al partenaire.  
Bout-de-Zan.  
La contra-demanda.*

Para quienes aterrizan hoy aquí entre nosotros, doy una breve orientación.

En primer lugar he tratado de replantear, en términos más rigurosos de lo que se había hecho hasta ahora, lo que se puede llamar la teoría del amor, y ello sobre la base de *El Banquete* de Platón. Y en el interior de lo que conseguimos situar en este comentario, empecé a articular la posición de la transferencia, en el sentido en que lo anuncié este año, es decir, en lo que llamé la disparidad subjetiva.

Con esto quiero decir que la posición de los dos sujetos en presencia no es de ningún modo equivalente. Y por eso no se puede hablar de situación analítica, sino únicamente de pseudo-situación.

Al abordar, pues, las dos últimas veces la cuestión de la transferencia, lo hice del lado del analista. Lo cual no significa sin embargo que yo dé al término de contratransferencia el sentido que corrientemente se le otorga, el de una especie de imperfección de la purificación del analista en la relación con el analizado. Muy al contrario, entiendo por contratransferencia la implicación necesaria del analista en la situación de transferencia, y por eso precisamente debemos desconfiar de este término impropio. En realidad se trata, pura y simplemente, de las consecuencias necesarias del propio fenómeno de la transferencia, si se lo analiza correctamente.

Introduce el problema a través del hecho de que la contratransferencia es captada en la práctica analítica de forma bastante extendida. Se considera en efecto que lo que podemos llamar cierto número de afectos, en la medida en que el analista es afectado por ellos en el análisis, constituyen una forma, si no normal, al menos normativa, de orientación de la situa-

ción analítica, y un elemento no únicamente de la información del analista, sino incluso de su intervención, mediante aquello que eventualmente puede comunicarle al respecto al analizado.

No estoy amparando la legitimidad de este método. Constató que ha podido ser introducido y promovido en la práctica, y que ha sido recibido y admitido en un campo muy amplio de la comunidad analítica.

Esto es por sí solo suficientemente indicativo. Y nuestro camino será por el momento analizar cómo los teóricos que entienden de esta forma el uso de la contratransferencia lo legitiman.

1

Los teóricos legitiman el uso de la contratransferencia vinculándolo a momentos de incompreensión por parte del analista. Es como si su incompreensión fuese en sí el criterio, el punto divisorio, la vertiente en la que se define lo que obligaría al analista a pasar a otro modo de comunicación y a otro instrumento en su manera de orientarse en el análisis del sujeto.

El término de comprensión es aquello a cuyo alrededor girará lo que hoy quiero mostrarles, con el fin de permitirles circunscribir más estrechamente lo que podemos llamar, de acuerdo con nuestros términos, la relación de la demanda del sujeto con su deseo. Les recuerdo en efecto que hemos puesto en primer plano, y en el principio, aquello cuyo retorno, tal como demostramos, era necesario, a saber, que de lo que se trata en el análisis no es sino de sacar a la luz la manifestación del deseo del sujeto.

¿Dónde está la comprensión, cuando comprendemos, cuando creemos comprender? Yo planteo que, en su forma más segura — y diría que en su forma primaria —, la comprensión de cualquier cosa de la que el sujeto nos haga alarde puede ser definida, en el plano consciente, por lo siguiente, que sabemos responder a lo que el otro demanda.

Si tenemos la sensación de comprender, es en la medida en que creemos poder responder a su demanda.

Sobre la demanda, sin embargo, sabemos un poco más que este abordaje inmediato. Sabemos precisamente esto, que la demanda no es explícita. Es incluso mucho más que implícita, el sujeto la oculta, es como si tuviera que ser interpretada. Y ahí está la ambigüedad.

En efecto, nosotros, que la interpretamos, respondemos a la demanda inconsciente en el plano de un discurso que es para nosotros un discurso concreto. Ahí es donde está el sesgo, la trampa. Y, por otra parte, desde siempre tendemos a deslizarnos hacia esa suposición que nos captura, la de que el sujeto debería, de alguna forma, conformarse con lo que sacamos a la luz mediante nuestra respuesta — debería estar satisfecho con nuestra respuesta.

Sabemos perfectamente, sin embargo, que ahí es donde se produce siempre alguna resistencia. Y de la situación de esta resistencia, del modo en que nosotros podemos calificarla y de las instancias con las que la ponemos en relación, se han derivado todas las etapas de la teoría analítica del sujeto, a saber, la teoría de las diversas instancias a las que en él nos enfrentamos. Sin embargo, sin negar la parte que tienen en la resistencia esas diversas instancias del sujeto, ¿no es posible ir a un punto más radical?

La dificultad de las relaciones de la demanda del sujeto con la respuesta que se le da se sitúa más lejos, en un punto del todo original, al que traté de llevarles mostrándoles qué resulta, en el sujeto que habla, del hecho — así lo expresé — de que sus necesidades deban pasar por los desfiladeros de la demanda. En este punto original, resulta que todo lo que es, en el sujeto que habla, tendencia natural ha de situarse en un más allá y un más acá de la demanda.

En un más allá que es la demanda de amor. En un más acá que es lo que llamamos el deseo, con aquello que lo caracteriza como condición y que llamamos su condición absoluta en la especificidad del objeto al que concierne, *a* minúscula, objeto parcial. He tratado de mostrárselo como incluido desde el origen, en aquel texto fundamental de la teoría del amor que es *El Banquete*, como *ágalma*, que yo he identificado asimismo con el objeto parcial de la teoría analítica.

Hoy quiero hacérselo palpar otra vez mediante otro breve recorrido de lo más original que hay en la teoría analítica, a saber, las *Triebe*, las pulsiones y su destino. De ello deduciremos a continuación cuanto se desprende respecto a aquello que nos importa, a saber, el *drive* involucrado en la posición del analista.

Como ustedes recordarán, donde les dejé la última vez es en este punto problemático, que un autor, el mismo que se expresa sobre el tema de la contratransferencia, designa en lo que llama el *drive* parental, necesidad de ser padre, y el *drive* reparador, necesidad de ir contra la destructividad natural supuesta en todo sujeto en cuanto analizable.

Ustedes captaron enseguida la osadía y la audacia que hay en plantear afirmaciones como éstas. Basta con detenerse un instante en ellas para percibir lo paradójicas que son. Si el *drive* parental debe estar presente en la situación analítica, ¿cómo osar siquiera hablar de la situación de transferencia? — si es verdaderamente a un padre a quien el sujeto en análisis tiene enfrente. ¿Qué hay más legítimo que recaer frente a él en la posición que tuvo durante toda su formación respecto a los sujetos en torno a los cuales se construyeron las situaciones fundamentales que constituyen en su caso la cadena significativa, los automatismos de repetición?

En otros términos, ¿cómo no darse cuenta de que vamos a dar directamente contra el escollo que nos permitirá orientarnos, de que tenemos ahí una contradicción directa, porque al mismo tiempo decimos que la situación de transferencia tal como se establece en el análisis está en discordancia con la realidad de la situación analítica? — que algunos explican imprudentemente como una situación tan simple, resultante del *hic et nunc* de la relación con el médico. Si el médico está aquí armado del *drive* parental, ¿cómo no ver, por elaborado que lo supongamos en su vertiente de posición educativa, que no hay absolutamente nada que se distancie de la respuesta normal del sujeto a la situación y de todo lo que podrá ser enunciado como repetición de una situación pasada?

Ni siquiera hay forma de articular la situación analítica sin plantear, al menos en algún lugar, la exigencia contraria. Vean por ejemplo el tercer capítulo de *Más allá del principio de placer*. Freud, retomando la articulación de la que se trata en el análisis, establece efectivamente la distinción entre la rememoración, la reproducción y el automatismo de repetición, *Wiederholungszwang*, por cuanto considera este último como un semi-fracaso del objetivo rememorativo del análisis, un fracaso necesario. Hasta llega a poner a cuenta de la estructura del yo — en la medida en que en este estadio de su elaboración, trata de fundar dicha instancia como en gran parte inconsciente — la función de la repetición, desde luego no esta función toda entera, porque todo el artículo es para mostrar que hay un margen, sino su parte más importante. La repetición es puesta a cuenta de la defensa del yo, mientras que la rememoración reprimida se considera el verdadero término, el último, de la operación analítica, quizás considerado todavía, en este momento, inaccesible.

El objetivo último de la rememoración tropieza con una resistencia que es situada en la función inconsciente del yo. Siguiendo esta vía de elaboración, Freud nos dice que hemos de pasar por ahí y que, por norma, el médico no puede ahorrarle al analizado esta fase, sino que debe dejarle vivir

de nuevo un pedazo de su vida olvidada. Tiene que ocuparse de ello, porque una cierta medida de *Überlegenheit*, de superioridad, se conserva; gracias a lo cual la realidad aparente, *die anscheinende Realität*, siempre podrá ser reconocida nuevamente por el sujeto como un reflejo, un efecto de espejo de un pasado olvidado.

Sabe Dios a qué abusos de interpretación se presta este enfoque de la *Überlegenheit*. Si se puede edificar toda la teoría de la alianza con la parte supuestamente sana del yo, es con relación a esto. Sin embargo no hay nada así en estas páginas. Puedo poner de relieve lo que, de pasada, les tiene que haber resultado visible, a saber, el carácter de algún modo neutro, ni de un lado ni del otro, de esta *Überlegenheit*. ¿Dónde está esa superioridad? ¿Hay que entenderla del lado del médico, que, esperémoslo, conserva la cabeza? ¿O está del lado del enfermo?

En la traducción francesa, que es tan mala como las que se han hecho bajo otros diversos patrocinios, la cosa se traduce de una forma muy curiosa — y tan sólo debe velar por que el enfermo conserve un cierto grado de serena superioridad. No hay nada semejante en el texto — que le permita constatar a pesar de todo que la realidad de lo que reproduce es sólo aparente.

Esta *Überlegenheit*, sin duda exigible, es necesario situarla de una forma infinitamente más precisa que todas las elaboraciones que pretenden comparar la abreacción actual — lo que se repite en el tratamiento — con una situación que se da como perfectamente conocida.

Partamos de nuevo, pues, del examen de las fases, y de las demandas, de las exigencias del sujeto tal como las abordamos en nuestras interpretaciones. Y empecemos, siguiendo la diacronía llamada de las fases de la libido, por la demanda más simple, ésa a la que nos referimos tan frecuentemente, la demanda oral.

¿Qué es una demanda oral? Es la demanda de ser alimentado. ¿Quién se dirige a quién, a qué? Se dirige a ese Otro que oye y que, en este nivel primario de la enunciación de la demanda, se puede designar verdaderamente como lo que nosotros llamamos el lugar del Otro. El *Autre-on*. El *Otrón* — diría, para hacer rimar nuestras designaciones con las que son fa-

miliares en física. He aquí pues a este Otrón abstracto, al que el sujeto dirige, más o menos sin saberlo, la demanda de ser alimentado.

Hemos dicho que toda demanda, por el hecho de ser palabra, tiende a estructurarse de la siguiente forma, reclama del otro su respuesta invertida. Evoca, por su estructura, su propia forma transpuesta de acuerdo con una determinada inversión. Así, debido a la estructura significante, a la demanda de ser alimentado le responde, de un modo que podemos llamar lógicamente contemporáneo de esta demanda, en el lugar del Otro, en el nivel del Otrón, la demanda de dejarse alimentar.

Bien lo sabemos en la experiencia. No es la elaboración refinada de un diálogo ficticio. De esto se trata cada vez que estalla el menor conflicto en esa relación entre el niño y la madre que parece hecha para completarse de forma estrictamente complementaria. ¿Qué hay que responda mejor, aparentemente, a la demanda de ser alimentado que la de dejarse alimentar? Sin embargo, sabemos que donde reside ese ínfimo *gap*, esa hiancia, ese desgarró, donde se insinúa de una forma normal la discordancia, el fracaso preformado del encuentro, es en el modo mismo de confrontación de estas dos demandas. El fracaso consiste en lo siguiente, en que, precisamente, no hay encuentro de tendencias, sino encuentro de demandas.

Al primer conflicto que estalla en la relación de cría, en el encuentro de la demanda de ser alimentado con la demanda de dejarse alimentar, se pone de manifiesto que a esta demanda un deseo la desborda — que no podría ser satisfecha sin que este deseo se extinguiera —, que si la demanda no se extingue, es porque este deseo la desborda, que el sujeto que tiene hambre, por el hecho de que a su demanda de ser alimentado le responde la demanda de dejarse alimentar, no se deja alimentar, y rechaza de alguna forma desaparecer como deseo por el hecho de ser satisfecho como demanda — que la extinción o el aplastamiento de la demanda en la satisfacción no podría producirse sin matar el deseo. De ahí es de donde surgen todas esas discordancias, la más ilustrativa de las cuales es la del rechazo a dejarse alimentar en la anorexia llamada, con mayor o menor razón, mental.

Encontramos aquí aquella situación que como mejor puedo traducir es jugando con los equívocos que autorizan las sonoridades de la fonemática francesa. No es posible confiarle al otro lo que es más primordial, a saber, *tu es le désir*, sin al mismo tiempo decirle *tué le désir*,<sup>1</sup> o sea, sin conceder-

1. *Tú eres el deseo / muerto el deseo.* [N. del T.]

le que él mata el deseo, sin abandonarle el deseo en cuanto tal. La ambivalencia primordial, propia de toda demanda, es que en toda demanda está igualmente implicado que el sujeto no quiere que sea satisfecha. El sujeto apunta en sí a la salvaguardia del deseo, y testimonia la presencia del deseo innombrado y ciego.

Este deseo, ¿qué es? Nosotros lo sabemos, y podemos responder de la forma más clásica y más original. La demanda oral tiene otro sentido además de la satisfacción del hambre. Es demanda sexual. Es en su fondo, nos dice Freud ya en los *Tres ensayos de teoría sexual*, canibalismo, y el canibalismo tiene un sentido sexual. Nos recuerda, y ello está enmascarado en la primera formulación freudiana, que alimentarse está, para el hombre, ligado a la buena voluntad del Otro — y vinculado por este hecho a una relación polar.

Existe también este término, que no sólo del pan de la buena voluntad del Otro tiene que alimentarse el sujeto primitivo sino, aunque parezca imposible, del cuerpo de aquel que lo alimenta. Porque hay que llamar a las cosas por su nombre — la relación sexual es aquello por lo que la relación con el Otro desemboca en una unión de los cuerpos. Y la unión más radical es la de la absorción original, donde asoma, en el objetivo, el horizonte del canibalismo, característico de la fase oral en lo que ésta es en la teoría analítica.

Observemos bien aquí de qué se trata. He tomado las cosas por el extremo más difícil, empezando por el origen, porque siempre es reculando, retroactivamente, como debemos encontrar de qué manera se fundan las cosas en el desarrollo real.

Hay una teoría de la libido contra la cual ustedes saben que me sublevo, aunque sea la que promovió uno de nuestros amigos, Franz Alexander. En efecto, él hace de la libido el excedente de energía que se manifiesta en el viviente una vez obtenida la satisfacción de las necesidades vinculadas a la conservación. Es muy cómodo, pero es falso. La libido sexual no es esto. La libido sexual es ciertamente un excedente, pero un excedente que allí donde se instala hace vana toda satisfacción de la necesidad. Y si es necesario, rechaza esta satisfacción para preservar la función del deseo.

Todo esto no es más que evidencia, que se confirma por todas partes, como lo verán ustedes si vuelven atrás y recomienzan por la demanda de ser alimentado. Enseguida les resultará palpable en el hecho de que ya sólo por expresarse la tendencia de la boca que tiene hambre, por esa misma boca, en una cadena significante, se introduce en ella esta posibilidad de designar el alimento que desea. ¿Qué alimento? Lo primero que resulta de

ello es que esa boca puede decir — *Éste no*. La negación, el desvío, el *me gusta eso y ninguna otra cosa* del deseo, se introduce ya aquí, y la especificidad de la dimensión del deseo salta a la vista.

De ahí lo extremadamente prudentes que debemos ser en lo referente a nuestras interpretaciones en el plano del registro oral. Porque, como ya he dicho, esta demanda se forma en el mismo punto, en el mismo órgano, donde se erige la tendencia. Y en esto ciertamente reside el trastorno. Es posible producir toda clase de equívocos respondiendo a esta demanda. Por supuesto, de lo que se le responde resulta de todas formas la preservación del campo de la palabra, y así pues la posibilidad de volver a encontrar allí el lugar del deseo, pero esto también supone la posibilidad de todas las sujeciones — se trata de imponer al sujeto que, al estar satisfecha su necesidad, no puede sino estar contento. Así, se hace de la frustración compensada el término de la intervención analítica.

Quiero ir más lejos, y hoy tengo verdaderamente, ya lo verán, mis razones para hacerlo. Quiero pasar al estadio llamado de la libido anal. Ahí es donde creo que puedo alcanzar y refutar cierto número de las confusiones que se introducen de la forma más corriente en la interpretación analítica.

## 3

¿Qué es la demanda del estadio anal?

Todos ustedes tienen, creo, la suficiente experiencia como para que no tenga necesidad de ilustrar más lo que llamaré la demanda de retener el excremento, en tanto tiene su fundamento, sin duda, en algo que es un deseo de expulsar. Pero no es tan simple, porque esta expulsión también es exigida, a una hora determinada, por el padre educador. Se le pide al sujeto que dé algo que cumpla la expectativa del educador, en este caso materno.

La elaboración resultante de la complejidad de esta demanda merece que la examinemos detalladamente, porque es esencial. Observemos que aquí no se trata ya de la relación simple de una necesidad con su forma demandada, vinculada al excedente sexual. Es algo distinto. De lo que se trata es de una disciplina de la necesidad, y la sexualización sólo se produce en el movimiento del retorno a la necesidad. Es aquel movimiento que, por así decir, legitima la necesidad como don a la madre, quien espera que el niño satisfaga sus funciones y haga salir, aparecer, algo digno de la aprobación general.

Por otra parte, el carácter de regalo que adquiere el excremento es bien conocido y reconocido desde el origen de la experiencia analítica. Tan cierto es que aquí un objeto es vivido en este registro, que el niño, en el exceso de sus desbordamientos ocasionales, lo emplea naturalmente, por así decir, como medio de expresión. El regalo excremental forma parte de la temática más antigua del análisis.

A este respecto, quiero llevar hasta su extremo esa demolición en la que me esfuerzo desde siempre, de la mítica de la oblatividad, mostrándoles aquí con qué se relaciona realmente. El campo de la dialéctica anal es el verdadero campo de la oblatividad, y una vez que lo hayan percibido, ya no podrán reconocerlo de otra forma.

Hace mucho tiempo que de formas diversas trato de introducirles en esta distinción. Y en particular, les he hecho advertir que el propio término de oblatividad es un fantasma de obsesivo. *Todo para el otro*, dice el obsesivo, y esto es ciertamente lo que él hace, porque encontrándose como se encuentra en el perpetuo vértigo de la destrucción del otro, nunca hace lo suficiente para que el otro se mantenga en la existencia. Aquí encontramos su raíz.

El estadio anal se caracteriza por lo siguiente — el sujeto sólo satisface una necesidad para la satisfacción de otro. Esta necesidad, le han enseñado a retenerla para que se funde, se instituya únicamente como la oportunidad de la satisfacción del otro, que es el educador. La satisfacción de los cuidados, de los que forma parte la limpieza de los excrementos, es en primer lugar la del otro. Y si puede decirse que la oblatividad está ligada a la esfera de la relación del estadio anal, es porque es un don que se le pide al sujeto.

Observen la consecuencia que esto tiene — el margen del lugar que sigue siendo del sujeto, dicho de otra manera el deseo, será simbolizado en esta situación por lo que es arrebatado en la operación. El deseo, literalmente, se va a la mierda. La simbolización del sujeto como aquello que va a parar al orinal o al agujero, la encontramos en la experiencia como vinculada de la forma más profunda a la posición del deseo anal.

Esto es al mismo tiempo lo que constituye su atractivo y también, en muchos casos, hace que sea evitado. No siempre conseguimos llevar hasta este extremo el *insight* del paciente. Pueden ustedes decirse, de todas formas, que, en la medida en que el estadio anal está implicado, sería un error no desconfiar de la pertinencia de su análisis si no han encontrado este extremo en cada ocasión. Mientras no localicen en este punto la relación profunda, fundamental, del sujeto como deseo, con el objeto más desagra-

dable, les aseguro que no habrán avanzado mucho en el análisis de las condiciones del deseo.

Este punto preciso es un punto neurálgico, valiosísimo, debido a la importancia que tiene en la experiencia, como todos esos primitivos objetos orales, buenos o malos, sobre los que tantas observaciones se hacen. No pueden ustedes negar que esto sea recordado a cada momento en la tradición analítica. Si han permanecido ustedes sordos por tanto tiempo, es porque no se apunta a las cosas en su topología profunda, como yo me esfuero en hacerlo aquí para ustedes.

Pero entonces, me dirán ustedes, ¿qué hay aquí de la famosa pulsión sádica que se conjuga, gracias a un guión, con el término anal, como si eso fuera simplemente evidente?

Aquí es necesario algún esfuerzo, un esfuerzo de algo que sólo podemos llamar comprensión en la medida en que se trata de una comprensión en el límite. Lo sexual sólo puede reintroducirse aquí de un modo violento. Esto es ciertamente lo que ocurre, en efecto, porque además se trata de la violencia sádica. Lo cual contiene todavía más de un enigma. Conviene que lo examinemos.

En la relación anal es donde el otro en cuanto tal adquiere plenamente dominancia. Y esto es precisamente lo que hace que lo sexual se manifieste en el registro propio de este estadio. Podemos entreverlo si recordamos su antecedente, calificado de sádico-oral.

Hablar de estado sádico-oral, en efecto, es recordar en suma que la vida es en su fondo asimilación propiamente devoradora. En el estadio oral, el tema de la devoración es lo que está situado en el margen del deseo, es la presencia de la garganta abierta de la vida.

Hay, en el estadio anal, como un reflejo de este fantasma. Al estar planteado el otro como el segundo término, tiene que aparecer como existencia abierta a esta hiancia. ¿Llegaremos a decir que el sufrimiento está aquí implicado? Es un sufrimiento bien particular. Para evocar una especie de esquema fundamental que les dará en el mejor de los casos la estructura del fantasma sadomasoquista, diría que se trata de un sufrimiento esperado por el otro. La suspensión del otro imaginario sobre el abismo del sufrimiento es lo que constituye el extremo y el eje de la erotización sadomasoquista. En esta relación es donde se instituye en el plano anal lo que ya no es tan sólo el polo sexual, sino que será el *partenaire* sexual. Podemos decir pues que aquí hay una especie de reaparición de lo sexual.

Lo que constituye al estadio anal como estructura sádica o sadomasoquista marca — a partir de un punto de eclipse máximo de lo sexual, de un

punto de pura oblatividad anal — el ascenso hacia lo que se realizará en el estadio genital. Lo genital, el eros humano, el deseo en su plenitud normal, que se sitúa no como tendencia o necesidad, no como pura y simple copulación, sino como deseo, se insinúa, encuentra su punto de partida, tiene su punto de reemergencia en la relación con el otro en tanto que sufre la expectativa de aquella amenaza suspendida, de aquel ataque virtual que caracteriza y funda para nosotros lo que se llama la teoría sádica de la sexualidad, cuyo carácter primitivo en la gran mayoría de los casos individuales conocemos.

Lo que es más, en este rasgo situacional se funda el hecho que está en el origen de la sexualización del otro — en la primera forma de su apercepción, el otro debe ser, en cuanto tal, entregado a un tercero para constituirse como sexual. Éste es el origen de la ambigüedad por la que, en la experiencia original que han redescubierto los teóricos más recientes del análisis, lo sexual permanece indeterminado entre este tercero y ese otro. En la primera forma de apercepción libidinal del otro, en el punto de ascenso a partir de un cierto eclipse puntiforme de la libido en cuanto tal, el sujeto no sabe qué desea más, si a este otro o a ese tercero que interviene.

Esto es esencial para toda estructura de los fantasmas sadomasoquistas. En efecto, si del estadio anal hemos dado aquí un análisis correcto, quien constituye este fantasma, no lo olvidemos, el testigo sujeto a este punto axial del estadio anal, es lo que es, ciertamente — acabo de decirlo, es mierda. Y además, es una demanda, es mierda que no pide sino eliminarse.

Éste es el verdadero fundamento de toda una estructura que encontrarán ustedes, radical, en el fantasma fundamental del obsesivo, especialmente. Éste se desvaloriza, arroja fuera de él todo el juego de la dialéctica erótica, finge, como se suele decir, ser su organizador. Funda todo este fantasma sobre la base de su propia eliminación.

Las cosas encuentran su raíz aquí, en algo que, una vez reconocido, les permite elucidar puntos del todo banales. En efecto, si las cosas están verdaderamente fijadas en el punto de identificación del sujeto con el *a* minúscula excremental, ¿qué es lo que veremos? No olvidemos que aquí, de todas formas, a lo que se confía, al menos en principio, el cuidado de articular esta demanda, ya no es a lo que está implicado en el nudo dramático de la necesidad con la demanda. En otros términos, salvo en los cuadros de Jerónimo Bosch, no se habla con el trasero. Y sin embargo, tenemos curiosos fenómenos de cortes, seguidos de explosiones, que nos hacen entrever la función simbólica de la cinta excremental en la propia articulación de la palabra.

En otra época, hace mucho tiempo, y creo que aquí nadie puede recordarlo, había un pequeño personaje querido por los niños, como siempre los ha habido — pequeños personajes significativos en esa mitología infantil que en realidad es de origen parental. En nuestros días se habla mucho de Pinocho, pero en otra época que soy lo bastante viejo como para recordar, existía Bout-de-Zan. La fenomenología del niño como objeto precioso excremental está toda entera en esta designación, en la que el niño es identificado con el elemento dulzón del regaliz, *glukurriza*, la dulce raíz, como parece que es su origen griego.

No en vano, sin duda, a propósito de esta palabra *regaliz* podemos encontrar uno de los elementos más azucarados, nunca mejor dicho, de las transcripciones significantes.

Permítanme este breve paréntesis. Esta perla la encontré para ustedes en mi recorrido — no fue ayer, por otra parte, se la he guardado desde hace mucho tiempo, pero como viene a cuento a propósito de Bout-de-Zan, voy a dársela. *Regaliz* es en su origen *glukurriza*. Por supuesto, no viene directamente del griego, pero cuando los latinos lo oyeron, lo convirtieron en *liquiritia* sirviéndose de *licor*. De donde, en francés antiguo, *licorice*, luego *ricolice* por metátesis. *Ricolice* se encontró con *regla*, *regula*, y dio *rygalisse*. Confiesen que este encuentro de *licorice* con la regla es algo soberbio.

Pero eso no es todo, porque la etimología consciente a la que todo esto conduce, y en la que han confiado finalmente las últimas generaciones, es que *régliste* debía escribirse *rai de Galice* porque el regaliz se hace con una raíz dulce que sólo se encuentra en Galicia. El *rai* de *Galice*, he aquí dónde acabamos habiendo empezado — nunca mejor dicho — por la raíz griega.

Me parece que esta pequeña demostración de las ambigüedades significantes les habrá convencido de que estamos en un terreno sólido cuando le damos toda su importancia.

A fin de cuentas, como hemos visto, en el nivel anal todavía más que en ninguna otra parte, debemos ser reservados en lo que a la comprensión del otro se refiere. Toda comprensión de la demanda, en efecto, la implica tan profundamente que tenemos que pensarlo dos veces antes de ir a su encuentro. ¿Qué les estoy diciendo con esto? — sino algo que coincide con lo que todos ustedes saben, al menos quienes han hecho un poquito de trabajo terapéutico. A saber, que al obsesivo no es preciso darle ni así de ánimos, de desculpabilización, incluso un comentario interpretativo que se adelante un poco más de la cuenta. Si lo hacen, entonces tendrán que ir mucho más lejos y se encontrarán accediendo — y cediendo para su mayor maldición —

a ese mecanismo, precisamente, mediante el cual quiere hacerles comer, si puedo decirlo así, su propio ser como una mierda.

Están ustedes instruidos por la experiencia de que no es un proceso en el que le vayan a ser de ninguna ayuda, muy al contrario.

Es en otra parte donde debe situarse la introyección simbólica, en la medida en que, en su caso, ha de restituir el lugar del deseo. Dado que, para anticipar el estadio siguiente, lo que el neurótico quiere ser comúnmente es el falo, ofrecerle esa comunión fálica contra la cual ya formulé, en mi seminario sobre *El deseo y su interpretación*, las objeciones más precisas, es ciertamente cortocircuitar indebidamente las satisfacciones que hay que darle. El objeto fálico, como objeto imaginario, no puede en ningún caso prestarse a revelar de forma completa el fantasma fundamental. En efecto, sólo puede, a la demanda del neurótico, responderle con lo que podemos llamar, en líneas generales, una obliteración. Dicho de otra manera, de este modo se le abre al sujeto una puerta, la de olvidar cierto número de los resortes más esenciales que han intervenido en los accidentes de su acceso al campo del deseo.

Para marcar un punto de detención en nuestro recorrido sobre lo que hemos propuesto hoy, diremos lo siguiente — que si el neurótico es deseo inconsciente, es decir, reprimido, lo es, antes que nada, en la medida en que su deseo sufre el eclipse de una contrademanda — que el lugar de la contrademanda es propiamente hablando el mismo donde se sitúa y se edifica a continuación todo lo que el exterior puede añadir como suplemento a la construcción del superyó, una determinada forma de satisfacer esta contrademanda — que toda forma prematura de la interpretación es criticable en la medida en que comprende demasiado deprisa, y no se da cuenta de que lo más importante de comprender en la demanda del analizado es lo que está más allá de esta demanda. El margen del deseo es el de lo incomprendible. En la medida en que esto no es percibido, un análisis se cierra prematuramente y, por decirlo todo, está malogrado.

La trampa es, por supuesto, que al interpretar le dan al sujeto algo con lo que se alimenta la palabra, hasta el mismo libro que hay detrás. La palabra sigue siendo, de todas formas, el lugar del deseo, aunque la den ustedes de tal manera que dicho lugar no sea reconocible, quiero decir aunque siga siendo, este lugar, para el deseo del sujeto, inhabitable.

Responder a la demanda de alimento, a la demanda frustrada, en un significativo nutriente, deja elidido lo siguiente, que más allá de todo alimento de la palabra, de aquello de lo que el sujeto tiene verdaderamente necesidad es de lo que éste significa metonímicamente, lo cual no se en-

cuentra en ningún punto de dicha palabra. Así, cada vez que ustedes introduzcan — sin duda están obligados a hacerlo — la metáfora, permanecen en la misma vía que da consistencia al síntoma. Sin duda, es un síntoma más simple, pero un síntoma a fin de cuentas, en todo caso respecto al deseo que se trataría de liberar.

Si el sujeto se encuentra en esta relación singular con el objeto del deseo, es porque él mismo fue en primer lugar un objeto de deseo que se encarna. Y el deseo, como Sócrates nos enseñó originalmente a articularlo, es ante todo falta de recursos, aporía. Esta aporía absoluta se acerca a la palabra dormida y se hace embarazar por su objeto. ¿Qué significa esto? — sino que el objeto estaba ahí y que era él quien pedía nacer.

La metáfora platónica de la metempsicosis del alma errante que vacila antes de saber dónde habitará encuentra su soporte, su verdad y su substancia en el objeto del deseo, que está allí antes de su nacimiento.

Y Sócrates, sin saberlo, cuando pronuncia el elogio, *epáinei*, de Agatón, hace lo que quiere hacer, o sea, devolver a Alcibíades a su alma, haciendo nacer a la luz ese objeto que es el objeto de su deseo.

Ese objeto, fin y objetivo de cada cual — limitado sin duda, porque lo importante está más allá — sólo puede ser concebido como más allá del fin de cada cual.

15 DE MARZO DE 1961

ORAL, ANAL, GENITAL

*El goce de la mantis religiosa.*

*El Otro, vertedero del deseo.*

*El deseo en la dependencia de la demanda.*

*Privilegio del objeto falo.*

Vamos a errar todavía, tengo ganas de decir, a través del laberinto de la posición del deseo. Cierta retorno, cierta fatiga del tema, cierto *working through*, como dicen, me parece necesario para una posición exacta de la función de la transferencia. Ya lo indiqué la última vez y dije por qué.

Por eso volveré a destacar hoy el sentido de lo que les dije trayendo otra vez a examen las fases llamadas de la migración de la libido a las zonas erógenas. Es importante ver en qué medida la visión naturalista implicada en esta definición se articula y se resuelve en nuestra forma de enunciarla, centrada en la relación de la demanda con el deseo.

1

Desde el inicio de este trayecto he indicado que el deseo mantiene su lugar en el margen de la demanda en cuanto tal — que es este margen de la demanda lo que constituye su lugar en un más allá y un más acá, doble hueco que ya se esboza tan pronto el grito del hambre pasa a articularse — que, en el otro extremo, el objeto que llaman en inglés *nipple*, la punta del seno, el pezón, adquiere en el erotismo humano su valor de *ágalma*, de maravilla, de objeto precioso que se convierte en el soporte del placer, de la voluptuosidad del mordisqueo en que se perpetúa lo que bien podemos llamar una voracidad sublimada, en la medida en que ella se toma este *Lust*, este placer.